

JAVIER CASTILLO

**EL DÍA
QUE SE
PERDIÓ EL
AMOR**



«A veces el amor te pone en el camino equivocado para que sepas cuánto duele». A las doce de la mañana del 14 de diciembre, una joven llena de magulladuras se presenta desnuda en las instalaciones del FBI de Nueva York con varias notas amarillentas en la mano. El inspector Bowring, jefe de la Unidad de Criminología, intentará descubrir qué oculta la joven y su conexión con otro caso, el de una mujer que aparece decapitada horas más tarde y cuyo nombre coincide con el que estaba escrito en una de las notas. A medida que avance en la investigación se dará cuenta de que este caso abre antiguas heridas difíciles de cicatrizar.

*A Verónica, mi universo,
por quien nunca perderé el amor.*

*Y a Gala, mi pequeña soñadora,
que irremediablemente
ya me ha hecho perder la cordura.*

*Al final del camino descubrirás que solo
dos cosas cambian tu vida:
el amor, porque la mejora,
y la muerte, porque la termina.*

Introducción

Nueva York, 14 de diciembre de 2014

Eran las diez de la mañana del 14 de diciembre. Un pie descalzo pisó el asfalto de Nueva York y una sombra femenina se dibujó frente a él. El otro pie se posó con cuidado, tocando el suelo con sus finos dedos llenos de suciedad. Estaba desnuda, con la piel pálida, las piernas y los pies renegridos y su largo cabello castaño bailando al son de los vehículos. Su cintura se contoneaba suavemente de lado a lado con cada paso que daba; pisaba despacio, como si no quisiera hacer ruido. La chica cruzaba la carretera mientras los vehículos la rozaban, haciendo vibrar su corazón. Se detuvo un segundo en mitad del carril central y observó cómo un autobús pegó un volantazo y la esquivó en el último momento.

Sonrió.

Una mujer que caminaba por la acera con su hijo pequeño le tapó los ojos. Los pitidos de los vehículos que se daban de bruces con ella comenzaron a ser ensordecedores y cada vez había más curiosos que miraban la escena con la boca abierta. Un motorista se tiró a un lado de la carretera para no atropellarla, deslizándose por la calzada y estampando su moto contra un coche que estaba aparcado.

Los coches avanzaban por la avenida como fulminantes apisonadoras, aunque ninguno la rozó. En ese momento el tráfico en la ciudad era rápido, pero llegó al otro lado y, al

poner un pie sobre la acera, se le erizó la piel de todo el cuerpo al ver que varios agentes del FBI ya habían salido para tajarla y arrestarla. Algunos incluso la apuntaban con la pistola, pensando que quizá fuese armada, pero la chica les sonrió y negó con la cabeza.

—No seréis capaces —dijo.

Uno se abalanzó sobre ella con una camisa verde para cubrir su cuerpo desnudo, pero la chica alzó el brazo derecho mostrando unos papeles en la mano.

—¡Alto! —gritó uno de ellos.

Ella lo miró a los ojos y le sonrió. Un instante después, abrió la mano y los papeles amarillentos comenzaron a planear hacia el suelo, unos más rápido, otros más lento, frenándose con el aire y bailando por el camino, pero todos con la intención de cambiar la historia.

Capítulo 1

Bowring

Nueva York, 14 de diciembre de 2014

—¿Y dices que se ha presentado aquí desnuda? —dijo el inspector Bowring con cara incrédula y sonrisa jocosa mientras avanzaba por el pasillo.

—Así es —respondió su ayudante.

—¿Y la habéis detenido?

—Alteración del orden público, señor. Poca cosa, pero también tiene signos de agresión. Presenta arañazos en los brazos y en la espalda.

—Una perturbada exhibicionista. ¿Para esto me llamáis? Sabéis que los viernes por la tarde me despido para no volver.

—Hay algo más, señor —dijo su ayudante arqueando las cejas con aire preocupado.

—¿El qué?

—Es mejor que lo vea usted mismo.

Al inspector Bowring Bowring no le gustaban las sorpresas. Odiaba la manera en que siempre lo transportaban a un lugar inesperado, o lo metían en problemas. Lo que él buscaba era el aburrimiento, lo perseguía de manera premeditada, pero este tenía la costumbre de huírle cada vez que trataba de alcanzarlo. Ese día, sin ir más lejos, pensaba pasarse la tarde en casa revisando y observando una lámina de sellos sin valor que acababa de caer en sus manos. La había colocado con entusiasmo, el día anterior, sobre la mesa de su estudio, junto a su prominente lupa estática,

sus gafas lupa, su lupa cuentahílos, el flexo lupa, y todos los demás cachivaches a los que se les pudiese adjuntar una lupa. Una lámina completa, de una tirada numerosa, de un sello ampliamente utilizado en la última década. «No hay nada mejor para perder el tiempo», se decía. Ahora que su ayudante lo miraba con ojos de preocupación, intuía que su plan perfecto para matar el tiempo estaba a punto de esfumarse.

Bowring caminó junto a él, algo tenso. Le exasperaba el secretismo, pero la solemnidad de una pregunta sin respuesta siempre le dejaba un buen sabor de boca.

—¿En qué sala está?

—La 3E. La del final de las cloacas.

—¿A esa sala no habían llevado los archivos de desapariciones?

—Cierto, jefe.

—¿Y cómo la interrogáis ahí?

—Hemos sacado algunas estanterías para que cupiese una mesa y un par de sillas, y ya sirve como sala de interrogatorios. No nos ha dado tiempo a quitar mucho, aún quedan estanterías con algunos archivos, pero hay suficiente espacio.

—¿Y por qué diablos habéis hecho eso?

—Lo ha pedido ella.

—¿Quién?

—La exhibicionista, jefe.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que habéis movido los archivos policiales para reutilizar una sala de interrogatorios que llevaba casi veinte años sin usarse, a la que casualmente hace una semana le dimos otra utilidad, porque una loca exhibicionista os lo ha pedido?

—No lo entiende, señor —dijo nervioso y algo preocupado—. Cree que sabe lo que va a pasar.

—¿Qué?

—El futuro. Ella dice que cree saber lo que va a ocurrir. Nos ha contado que es importante para todos nosotros

que sea en esa sala.

Bowring permaneció en silencio. Siempre había despotricado sobre el deterioro que había sufrido el entrenamiento del FBI, permitiendo que jóvenes como Leonard, patosos, ingenuos y manipulables, llegasen a formar parte del cuerpo. Leonard caminó junto a él, lanzándole miradas de reojo al tiempo que tragaba saliva.

Al llegar a la sala 3E, Bowring se asomó por el ventanuco de la puerta. El interior era un completo desastre. Había estanterías llenas de expedientes antiguos, varias mesas con papeles por todas partes, sillas rojas apiladas en un rincón. Cualquiera hubiera deducido en un instante que aquella no era una sala para mantener detenido a ningún sospechoso. Había cajas apiladas por el suelo de cuyo interior sobresalían papeles y bolsas transparentes numeradas que guardaban pruebas de algunos casos. Pero lo que más llamó la atención de Bowring no fue el evidente desorden de la sala, sino la absoluta tranquilidad con la que una joven morena lo esperaba sentada mirándolo a los ojos. Tenía veintipocos años, y una larga melena castaña que le caía enmarañada sobre una camisa verde a la que le sobraba tela y dignidad por todas partes. Frente a ella había otra silla, vacía, y Bowring vio cómo su tarde revisando curiosidades filatélicas se desvanecía definitivamente. El inspector se volvió con mirada de incredulidad.

—¿Qué diablos le habéis puesto?

—Lo primero que hemos encontrado, jefe. Una camisa del agente Ramírez. Ya sabe, con la talla que tiene pensamos que la taparía entera. —Leonard sonrió.

—Consigue ropa de mujer. Un vestido, o una camiseta y unos jeans, pero no me jodáis vistiéndola así.

—Ahora mismo, inspector —dijo preocupado—. Pero tome esto, lo va a necesitar.

Leonard se sacó un taco de papelitos del pantalón. A primera vista parecían tarjetas de visita a las que el tiempo, sobre todo el mal tiempo, hubiese deteriorado hasta el

punto de comerse los bordes y corroer la tinta que se apelotonaba en el centro.

—¿Qué es esto? —preguntó el inspector.

—Por lo visto las ha escrito ella. Cada una tiene el nombre de una persona y una fecha. Ya estamos comprobando quiénes son, pero no hemos sacado nada en claro.

—¿Y no os ha dicho qué significan? Tal vez sean citas con sus amantes.

—No se lo va a creer, jefe —dijo Leonard, inseguro.

—¿El qué?

—Ella dice que van a morir.

—¿Qué?

—Por eso le hemos llamado. Es todo muy extraño.

El inspector ojeó la primera de las notas: «Susan Atkins, diciembre de 2014».

—¿Susan Atkins? ¿De qué me suena?

—Ese nombre ya lo hemos comprobado. Tenemos más de mil cuatrocientas coincidencias, y estamos cerrando el cerco. Solo en Manhattan hay más de ochenta Susan Atkins.

—Me suena muchísimo ese nombre. ¿No está relacionado con ningún caso de los últimos años?

—Si quiere lo compruebo, jefe. Yo me encargo.

—De acuerdo. Infórmame de todo en cuanto descubras algo. ¿Qué sabemos de los demás nombres?

—Más de lo mismo. Demasiado comunes como para identificar a nadie.

—¿Y la fecha? —incidió—. Diciembre de 2014.

—Bueno, estamos en diciembre de 2014.

—Ya sé que estamos en diciembre. —El inspector se mordió la lengua para no llamarle idiota—. Quiero decir que si sabéis qué significa.

—Ni idea.

—Está bien. Lárgate y consigue algo de ropa para que se cambie. Seremos el hazmerreír si la prensa se entera de cómo la habéis disfrazado.

—Ahora mismo, jefe.

Leonard se alejó apretando el paso. Por su parte, el inspector Bowring Bowring, cuyo nombre y apellido coincidente había sido objeto de burlas constantes cuando se incorporó al cuerpo, se quedó pensando en el contenido de las notas. Un nombre común en un papel amarillento del tamaño de una tarjeta de visita. «¿De qué me suena todo esto?», se dijo.

Se adentró en la oscuridad de un habitáculo contiguo que permitía observar los interrogatorios a través de una ventana con un falso espejo, cerró la puerta tras de sí con la meticulosidad con la que estudiaba los sellos y apartó, con la misma delicadeza, varios papeles que se encontraban esparcidos sobre una mesa de metal con restos de café y ceniza. Levantó la mirada hacia la detenida, con la intención de observar sus movimientos y su comportamiento antes de proceder con la rutina, y en ese instante la joven lo miró a los ojos.

Bowring se sorprendió por la impresión que le causó esa mirada casual con ella, puesto que el espejo que los separaba hacía imposible que la chica pudiera verlo. Pero la casualidad comparte el defecto de la ambigüedad con el destino, y la sensación que le invadió al encontrarse con aquella mirada lo bloqueó mientras esos ojos de color miel permanecieron clavados en las profundidades de sí mismo. «Tranquilízate, Bowring», se dijo. «Ya estás mayor para estas tonterías».

La joven bajó la vista tras unos segundos y se apartó la melena castaña con la suavidad que otorgan unas manos sucias, dejando al descubierto unos pómulos blancos redondeados, un lienzo perfecto para las tres pecas que simulaban una difusa constelación en la mejilla izquierda y que remarcaban, con absoluta claridad, la oscuridad de unas ojeras grisáceas.

A Bowring le llamó la atención la parsimonia con la que la detenida movía las manos por la mesa y cómo aquellos

ojos miel se deslizaban por el mobiliario, la ventana y el espejo que tenía frente a sí, como si ya hubiese estado antes en la sala. «Una loca», pensó. «Espero que sea rápido». Decidido, agarró la nota y respiró hondo, un gesto que siempre lo había ayudado a soportar la tensión de los interrogatorios. Por más insignificante que fuese, era lo que más odiaba, puesto que las mentiras se construían con la misma facilidad que las verdades, y cada palabra debía medirse, cada acusación soportarse y cada gesto analizarse sobre pilares de hipótesis infundadas. Salió del habitáculo y se detuvo en la puerta de la sala de interrogatorios. Palpó con la yema del pulgar el canto irregular de las notas y, con la mano derecha, agarró el pomo con el protocolo de quien espera llegar a casa para la merienda.

Sin dudarle un segundo más, abrió.

Capítulo 2

Jacob

Nueva York, 14 de diciembre de 2014

Me incorporo en la cama, casi temblando, y me maldigo a mí mismo por esa pesadilla interminable. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar? Ya ha transcurrido casi un año. Aún es de noche y la luz del baño está encendida, proyectándose en un firme hilo que se escapa desde la puerta hasta la cama. Se oye el movimiento delicado del agua correr bajo la ducha y una armoniosa entonación femenina tararea algo de las *Andrew Sisters*. De vez en cuando la sustituye la letra de la canción que bailamos anoche frente a la chimenea. Una copa de vino, un contoneo delicioso y unas caricias furtivas; la vida como nunca me la imaginé.

Me levanto y empujo levemente la puerta del baño. Al abrirse, siento mis iris contraerse con esfuerzo, y, tras unos instantes de adaptación a través de una neblina espesa de claridad, ahí está ella. La visión traslúcida de su cuerpo desnudo detrás de la mampara cubierta de vaho me deja fascinado. Se contonea mientras tararea, derritiendo mi alma con cada suave y perfecto golpecito de cadera. Dios, cuánto la quiero.

La dejo cantar y disfrutar de su ducha matinal y camino descalzo por el salón para apagar los restos de la noche: muevo las ascuas que permanecen calientes en la chimenea, levanto la aguja del tocadiscos que sigue girando sobre el final de un elepé, recojo las dos copas de vino a medio terminar. Hay una blusa y unos vaqueros en el sofá, un

sujetador sobre el teléfono, mi camiseta en el suelo y mi felicidad aún flotando en el aire.

Me detengo frente al teléfono, que muestra que dos mensajes parpadeantes se colaron anoche mientras Amanda y yo nos perdíamos el uno en el otro. Sin pensarlo mucho, pulso para escuchar el primero y, tras unos segundos en los que el aparato se lo piensa, inicia su locución: «Hola, señor Frost. Soy Anne Spencer, le llamamos del *Herald Tribune*. Nos encantaría que pudiésemos charlar de lo que vivió...».

Antes de continuar perdiendo el tiempo —cada día son más de diez periodistas los que intentan darnos caza— pulso el botón de borrado, como quien aplasta un mosquito, y automáticamente salta el segundo mensaje. Al principio no se oye nada, pero entonces presto atención y escucho una leve respiración emanando desde el altavoz. Una respiración agitada, en la que cada jadeo se alterna con el silencio más absoluto, empujándome más y más, con cada vacío, hacia mis temores. Por mi cabeza cruza la idea de que se trata de un fan obsesivo que ha conseguido nuestro número, pero una sensación de pánico me invade cuando la respiración se interrumpe y escucho esa dulce voz femenina: «Pronto va a terminar, Jacob». Tras esas cinco palabras la llamada se corta, y un mecánico «no tiene más mensajes» surge de la nada.

«No puede ser», me digo, y abro los ojos con miedo. «¿Amanda? ¿Es la voz de Amanda? ¿Acaso me he vuelto loco?». Se parece tanto a su voz que me invade una mezcla de amor y miedo. El corazón se me acelera de tal manera que me empieza a temblar el pulso, y no puedo hacer otra cosa que cerrar el puño para controlarlo. ¿Qué va a terminar? ¿A qué se refiere? ¿Quién es? La última vez que oí esa voz fue en aquella mansión, y ni siquiera ahora sé si fue real o fue mi propio yo en busca de una excusa para llamar a Steven y precipitarlo todo. En aquel momento lloré por la cercanía de la muerte, y en este instante, lejos de perder-

me entre lágrimas, me invade un odio fulminante hacia mí mismo. «Claudia Jenkins. No la olvides nunca, tu víctima inocente. Nadie te dice nunca cuánto pesa un cadáver», leí eso en alguna parte.

Compruebo de nuevo el contestador y reviso la lista de llamadas perdidas. Número oculto. Paso por las llamadas de los últimos días y todas tienen sus malditos números salvo esta. No puede ser casualidad.

—Buenos días —me sorprende Amanda desde el arco de la puerta.

Es impresionante lo que me hace sentir su sola presencia. Su solemnidad perfecta inunda el salón de lavandas, y su sonrisa pícara y endeble me convierte, de un plumazo, en un mero observador de mi propia fascinación. No pienso preocuparla. Ni hablar. Ya pasó lo suyo siendo durante tanto tiempo quien no era.

—¿A qué hora te has levantado? —pregunto mientras me escruta de arriba abajo, al tiempo que me alejo del contestador y me acerco a su cintura.

—A las seis. Estaba nerviosa, así que decidí darme una larga ducha caliente.

Tiene el pelo mojado y sus pómulos resaltan sus tres perfectas pecas de Orión. Se ha puesto unos jeans y el sujetador, pero camina descalza por la moqueta. La sola idea de que pueda ocurrirle algo me perturba. He pasado tantos años buscándola que no soportaría el más mínimo rasguño en uno de sus finos cabellos. La aprieto contra mí con un abrazo y me pierdo durante unos instantes en la humedad perfumada de su cuello.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —digo con una sonrisa.

—Y yo a ti, tonto —me responde mientras me mira a los ojos a escasos diez centímetros—. ¿Qué te ocurre? Nunca me habías preguntado eso. Simplemente me lo decías.

—¿A mí? Nada. —Miento—. Es que no quiero que lo olvides.